

cias, cada una de las cuales, á guisa de puñal, traspasaba el corazón de la devota protestante. Asistía la desolada madre, con desaliento creciente, á tales progresos de la apostasía de su hijo, no pudiendo en adelante dudar de ella. Cada nueva página le rasgaba de inexorable modo el velo que hubiera querido conservar sobre la vasta destrucción de todo lo que había durante muchos años, con tantas solitudes, edificado en el corazón de su primogénito.— ¿Qué resta, preguntábase, qué resta, sino concluir: “Puesto que ninguna Iglesia protestante es verdadera, me rindo á la papista, única que lo es?” Y leía con terrible angustia las últimas páginas del libro, que continuaban en blanco, diciendo consigo propia, llena de angustia:— ¡En este lugar consignará su total apostasía ! ¿Es posible que con esta fermentación de pensamientos papistas, á que se deja conducir por su voluntad, y por las seducciones de aquel mal viejo, de un instante á otro no dé un paso último en el precipicio ? ¿Quién sabe lo que trama hoy en Florencia ? ¡El dentista, sí! Hoy pasa el día en consultas con su pérfido seductor Acaso mañana me anunciará su desventura extrema y mía.

La consternación de mistress Needle llegaba á su colmo. Había leído y había visto demasiado con sus ojos. El mal le parecía irremediable.— ¿Qué puedo yo hacer? Conozco su obstinación indómita . . . Cuando ha metido un clavo, perezca el mundo, pero siga el clavo ¿Alejarle de casa? Dentro de pocos meses será mayor de edad y dueño de sí; un acto severo puede lanzarle á una separación eterna. ¡Es la pérdida de la familia ! ¿Dejarlo libremente conversar con sus hermanas? Mas, ¿quién me dice que no sembrará su veneno en aquellos inocentes corazones? ¡Es la pérdida de la familia!—

En esta fluctuación cruel de partidos, uno mas pernicioso que otro, un dependiente de la estación del telégrafo llegó á la villa Giacinti, bastante apartada de la población, trayendo un parte. Abriólo la Needle. John participaba desde Florencia que no podría volver aquella tarde; deseaba presenciar los últimos momentos de sir Roberto, al parecer muy próximo á la agonía. Faltó poco para que con ímpetu de venganza le imprecara la mujer, diciendo: ¡Dios te ha cogido, traidor de mi sangre y homicida de mis hijos! Mas pronto, herida por su conciencia, cumplió su de-

ber, y dijo:—¿Qué hago, cruel.....?
 ¡Contra un viejo infeliz y moribundo....!
 ¡Moribundo á causa de una enfermedad
 que contrajo por causa mía! Hizo detener
 al dependiente del telégrafo, y rogóle que
 llevase á la oficina la respuesta, escribiendo
 lo siguiente: Caro John: Apruebo. Hazle
 presente mi aflicción y la nuestra. Ansío
 que parta del mundo en paz con nosotros.
 —Tu madre.” Dobló y selló. Cuando hizo
 llamar al hombre, que tomaba un refrige-
 rio, una duda la oprimió.—Si John vuelve
 mañana, ¿cómo le recibiré? Con qué acti-
 tud? Estoy demasiado agitada y conmovi-
 da.....Aun no he resuelto el
 partido que debo tomar.....¿Callar?
 ¿Hablarle de su apostasía.....?
 Me vería embarazada si se pusiese ahora
 delante de mí. Rompió el sobre, añadien-
 do: “Posdata. No lo abandones. Si muere,
 asiste á sus funerales. Nos detendremos
 aquí tres días, y no más.”

L

UNA NOCHE BORRASCOSA.

En tanto que mistress Needle con su inde-
 cible terror estudiaba los manuscritos de su
 hijo, sacando de ellos dolor y desespera-
 ción, Julia entreteníase con sus discípulas
 que jugaban. Desde el sitio para cazar pá-
 jaros pasó al colmenar del marqués Lauri,
 esforzándose por divertirse, ya en el jar-
 dín, ya en el campo, con tal de volver tar-
 de á casa. Traslucía que se avecinaba en
 ella un temporal, ó acaso una borrasca no

fácil de sosegar. Había formado este pronóstico por el aire severo con que habíase alejado de ella la señora después de leerse la carta bíblica y de confiarla el secreto examen de las cartas de su hijo.

Habiendo entrado en casa poco antes de la hora de comer, procuró acercarse á las habitaciones de mistress Needle. Empujó un poco la puerta, preguntando:—¿Me permitís?—Vió á la señora sentada junto á su mesita, con la frente entre sus manos, y una porción de cuadernos y papeles extendidos delante:—Ven, Julia, dijo: soy la más desventurada mujer del mundo. Empero el que no me mata sufre hoy quizás la pena de su delito.—Julia no supo que responder: callaba por estar indecisa. Prosiguió la Needle:—¿Sabes que sir Roberto se muere? He aquí el parte telegráfico de John que anuncia su agonía.

Julia no pudo contener un impetuoso suspiro:—Qué desventura! Dios mío, ayúdadle!

—Sí, sí, ruega por él. El es quien arrancó la fe del corazón. Basta; déjame ahora en paz. Esta noche no volverá John. Piensa en las niñas. Has que me traigan un caldo.

—¿Cómo! ¿No venís á comer?

—No.

—¿Os sentís mala?

—Pésimamente. déjame sola.

Aunque hubiera querido Julia detenerse y proporcionar algún consuelo á su señora, no sabía bien qué partido tomar. Retiróse por entonces. Después de la comida, entrada la noche y acostadas las niñas sin que siquiera viesen á su madre, decidióse á penetrar de alguna manera en el corazón de la infeliz, proporcionándola un alivio para su dolor espantable, si era posible. Toda tentativa fué inútil: mistress Needle agradeció la solicitud amorosa de Julia, mas no hubo medio de que se desfogase con ella, volviendo á la lectura con más ahinco que antes.

Tempestuosas y llenas de angustias crecientes trascurrían para ella las horas de la noche. Ni siquiera pensó en dormir. No sabía separar los ojos de aquellas páginas sobre las "Impresiones religiosas," que laceraban una por una las fibras más sensibles de su maternal corazón. Después de leer, releer y meditar, se dijo:—No puede negarse; John desconoce la divinidad de todas las Iglesias protestantes, renunciando

do la fe en que ha nacido, y en la cual se había educado..... A lo más tolera la mía con falso respeto, como una invención humana —A leer volvía un rato el manuscrito, y luego lo cerraba, y después lo abría nuevamente. Rechazaba el libro lejos de sí como un enemigo, y á poco lo acercaba para sumergirse en las horribles páginas. Arrepentíase de haber puesto los ojos en tan crueles secretos, y entre tanto se fijaba en cada una de las frases, á fin de interpretar sus escondidos misterios. Así sucesivamente toda la noche, sin reposo ni tregua. Proponíase alguna vez leer tranquilamente un artículo y discurrir una respuesta que oponerle de manera que lo aniquilase. Mas entonces, con su angustia desesperada, no descubría sino miserables escapatorias, cuya vanidad vanísima confesaba, exclamando por ello casi furibunda:—¡Ha sabido John encontrar buenos maestros de error! Es mas fácil proferir un despropósito que refutarlo. ¡John está perdido! ¡Desunida y en discordia perpetua la familia! —Y lloraba.

Julia, entre tanto, antes de acostarse, había fervorosamente rogado por Smith moribundo y por la desolada señora. A eso de las tres de la mañana, habiéndose des-

pertado un momento, ocupada su mente sólo en las cosas del anterior día, se vistió y asegurarse quiso de que la señora estaba en su lecho. Salió, acercándose de puntillas á su habitación. Vió luz por los resquicios, ladeóse, y oyó el ruido de los papeles, y el crujir de la seda, y el suspirar, y el gemir.—Es preciso entrar, dijo para sus adentros, y ver qué novedad ocurre.—Pareciéndole indiscreción entrar demasiado de improviso, metióse nuevamente poco á poco en su cuarto, y moviéndose allí, metió ruido, hizo que sus pisadas por la ante cámara se oyeran bien, tosió, y al fin empujó dulcemente la puerta de la señora abriendo sin aguardar respuesta, y exclamando:—¿Todavía no estais en el lecho?

—¿Y tú? respondió la Needle, como despertando de un sueño.

—No me hubiese acostado de seguro, á prever que habíais de quedar atormetándoos así con estos papeles. Vamos; son las tres de la mañana y tiempo teneis aun para un sueñecito. Os ayudaré yo á....

—Es inútil: ni siquiera podría cerrar los ojos.

—A lo menos probadlo, dijo afectuosamente Julia.

—¡Imposible! Cara he pagado mi cu-

riosidad: he visto con mis ojos lo que me hará infeliz toda la vida. . . . Marcha John á grandes pasos por la vida de la impiedad. . . . ¡Desventurado! Habiendo tenido un padre y una madre que solo pensaban en la religión. . . . Lo he visto hace poco: reniega de todas las religiones protestantes, y no se alcanza qué quiere creer ó dejar de creer. . . . ¡Pobre hijo mío! Casi hubiera querido más que abrazara el Alcorán que verlo sin religión alguna. —

Comprendió la joven, al oír estas palabras, que la pobre mujer casi deliraba; con dulces maneras y caricias se puso á tranquilizarla, diciéndola que no se hiciera un velo de su aflicción; que era increíble absolutamente que no alimentase John sentimientos religiosos; que todo el día lo pasaba especulando sobre la Biblia; que devoraba cuantos escritos de polémica y apologeticos venían á su mano; que, como ella veía, con sus estudios religiosos había casi compuesto un libro, y que esto era indicio evidente de ser un joven cuidadoso de su alma y de los pensamientos de la otra vida.

—En él hay no poco maligno y perverso, respondió la Needle. Lee, aunque sólo

sea este trozo donde acaba el examen de las iglesias protestantes. . . . Acaso será también opinión tuya que yerran; pero te horrorizará el modo violento y desvergonzado con que se lanza contra las debilidades de la suya: parece que goza y triunfa echándola en rostro sus divisiones, sus escándalos y sus máculas. Por supuesto que no es harina de su costal: es hiel sacada de las pérfidas escrituras de aquel viejo desgraciado que quizás se muere ahora. Empero es siempre verdad que John ha caído en la red y ha renegado de todo aquello que antes creía, no sabiéndose qué piensa creer en el porvenir.—Y alargaba el manuscrito á Julia.

La joven, oponiéndose, respondió: Leeré y haré todo lo que os plazca; pero consentid en hacer lo que os aconsejo cuidando de vos misma. Hacedme, por el pronto, el favor de poner los papeles en el cajoncito.

La Needle los puso.

—Ahora, continuó Julia con amoroso imperio, lo voy á poner en su sitio, y volveré incontinenti.

Lo anunció y lo hizo. La señora quedó atronada, no sabiendo resistir á la vence-

dora ternura de su amiga. Al regresar Julia, dijo:—Vos ayer no comísteis: estais con el almuerzo desde las diez: ¡diez y seis horas sin tomar nada! Esto es querer enfermar. ¿Qué tomareis?

—No tengo apetito.

—De todas maneras, dijo Julia, he despertado á Kelerina. En este momento os dispone un té con leche. ¿Os apetece un té con vino de Marsala. . . . ? Procurareis pasar un sorbo. Fijando después en su rostro una mirada de desaliento:—Descubro en los ojos algo que no me gusta.—Vamos, á lo menos os echareis en el canapé, tranquilizándoos quince minutos.—Al decir esto, tomó á la señora de la mano, y levantándola con dulce violencia, porque apenas podía moverse por tanto estar sentada, hizo que se colocase cómodamente en aquel, apoyó su cabeza en las almohadas, la descalzó y tocóle los pies.—¡Están helados! dijo Julia; estais aterrida por el frio: la sangre toda está en la cabeza.—Envolvió sus pies en un paño de lana con dobleces, extendió sobre su cuerpo un mórbido chal de viaje, sujetándolo por los lados: habiéndose después sentado junto á ella, tomó su pulso, y observándola tranquilamente, dijo:—No soy “médica,”

mas nosotras las de Nápoles entendemos eso un poco por la práctica. Verdadera fiebre no hay; pero siento cierta fermentación. Naturalmente; la inedia, la debilidad, el frio, la pena. . . . Una taza de caldo bien caliente os dará fuerzas: un poco de sueño, en la cama, concluirá de sanaros.—Entonces mirando fija y amorosamente sus ojos, exclamó:—¡Vos habeis llorado!

Un rio de lágrimas fué la respuesta. Abrazó la joven á la desolada señora, preguntando:—¡Oh! ¿Qué ocurre de nuevo. . . ? Hablad; decidlo todo á vuestra hija.—

La infeliz mujer, gimiendo y sollozando, hizo entera confesión de sus dolores é inquietudes para el porvenir. Sin este desahogo, se sentía fallecer. Se puso á explicar que había leído y vuelto á leer los más secretos papeles de su hijo, en los cuales notaba los movimientos más íntimos de su corazón. Su hijo se declaraba, ora puseísta, ora católico, en puntos esencialísimos, criticando la alta Iglesia de guisa venenosa increpándola por errores en materia de fe, y suponiéndola sin derecho para enseñar autorizadamente á sus hijos; para colmo de audacia, repelía todas las religiones hermanas de la suya.—En resumen,

concluía la Needle lamentándose, es un apóstata, y á mi misma me acusa de celo farisáico por haber vigilado siempre á fin de conservar en mi casa la fe. . . . ¿A qué religión, pues, se acomodará él? ¿á la rusa? ¿á la católica? ¿á la puseísta? No lo sé; mas sí que, sea cual sea la que adopte, queda roto para siempre todo vínculo entre yo y él: nuestra familia está deshecha. . . . ¡luego en la otra vida. . . . ! Tú propia puedes gozar viendo cómo se acerca á tus opiniones; pero debe afligirte tal desastre, tal ruina, tal exterminio de mi casa.

—Julia, estrechando sobre su pecho la mano de la mujer afligida:—Pobre madre, le respondió; hasta tal punto no gozo por vuestro quebranto, que como vos siento también desgarrado mi corazón: sabéis si os he amado siempre, mi dulce bienhecho-
ra, y que para disminuir un dolor vuestro daría gustosamente la sangre de mis venas. Pero conceded lugar á la reflexión, juzgando con espíritu tranquilo, y. . . .

—No puedo: lo terrible del mal me vuelve loca, y pierdo la razón.

—Oid, sin embargo, un momento. ¿Podéis negar en John una gran rectitud de conciencia? ¿Un amor entrañable á la verdad? Cien veces habeis presenciado la fie-

reza, por no decir la ferocidad, con que defendía sus opiniones anglicanas y las vuestras. ¡Cómo, después de dar un asalto á mis creencias, patrocinaba furiosamente las suyas! ¡Cómo se revolvía! ¡Cómo reluchaba con el fin de no ceder un punto! Si pues muda de opinión ahora en algunos particulares, claro es que se rinde por la fuerza de un convencimiento incontrastable. ¿Quereis negarle la libertad de lo que juzga necesario para su salvación? ¿Constrañirle á lo que juzga malo y pernicioso? ¿Qué os dice la conciencia?

—Dios me libre de imponerle nunca obrar contra su conciencia, respondió la Needle; pero deploro su ceguedad.

—Supongamos que está ciego; la ceguedad no es culpa, y no debe disminuir en vós la confianza en su salvación: lo que quita la esperanza del cielo es la malicia de la rebelión contra la verdad conocida, y no un error involuntario con buena fe. Ciertamente no desesperais de verme á vuestro lado en el paraíso, aunque me creéis ciega en muchas cosas.

Ciertamente no; mas ¿cómo se puede permanecer impassible cuando se ve un hijo extraviándose y pasar de la luz á lastinieblas?

—Una cosa es permanecer impassible,

respondió Julia, y otra suponerlo todo perdido por un error en él inocente. Por lo demás, digo "error" queriendo abundar en vuestra opinión porque no podríais demostraros á vos misma que realmente ha caído en él. Lo imagináis, os persuadís de ello, os convenceis por causa de vuestra educación y del hábito inveterado; mas no podeis persuadiros con razones de que se aparta de la verdad. De lo contrario, podríais hasta convencerlo á él, que de seguro no se rebela contra las razones evidentes.

Haceos una reflexión sencilla y sosegada. Observad que tomáis como guía vuestra iglesia anglicana. Ahora bien: aquellas cosas que reputáis errores, ¿las rechaza ella como tales? Hay millares y millares de anglicanos del partido puseísta, "tratario," ritualista, que admiten casi todos los que juzgais errores, deplorándolos en vuestro John: v. gr., la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, la confesión, la invocación de la Virgen, el purgatorio, con otros varios dogmas y prácticas del Catolicismo; sin embargo, la iglesia anglicana, no sólo no los repele de su seno, sino que les da con largueza sus cátedras y sus parroquias. Decidme: ¿quereis ser más an-

glicana que la Iglesia anglicana? Sopor-tais....

No puedo conformarme con el pensamiento de tener en casa un puseísta o un...

Mistress Needle no se atrevió á decir un católico; mas Julia, cogiendo al vuelo la idea, replicó.—¿Pues no tolerais á Kelerina? ¿No me tolerais á mí?

—Tú naciste católica, no apostataste.

—¿Pero quién es, preguntó Julia con voz dulce y persuasiva, quién es el verdadero apóstata? El que rechaza la verdad conocida; no el que, juzgando verdadero un dogma, lo profesa ¿Tendríais el valor de llamar apóstatas á tantos millares ó millones de hombres y mujeres, los más ejemplares y los más ilustres de vuestra Iglesia, que todos los días se pasan al partido que llamais semipapistas, ó papistas? ¿Son apóstatas los centenares y millares de catedráticos, de caballeros, de canónigos, de párrocos y de vicarios salidos de la Alta Iglesia en el año anterior, que son ahora fervientes católicos, sacerdotes ó religiosos en la Iglesia romana? ¿Teneis aliento para llamar apóstatas á los que, por el convencimiento de una verdad resplandeciente, renuncian las rentas, las ganancias, los empleos, la for-

tuna, y, en fin, todos sus intereses? Poned una mano en vuestro corazón, y comprendereis con qué atroz injusticia los juzgais desertores de la verdad conocida, sellándolos con el nombre infame de apóstatas. A lo más podeis creer que yerran. ¿Mas como sabeis que yerran.? ¿Y si errais vos mi buena señora y madre mía! ¿Y si errais vos!—

Al decir esto, estrechaba Julia la mano de la desoladísima mujer; sus apremiantes razones, aducidas con la suavidad de un afecto incomparable, fluían gota á gota, como un bálsamo sobre una herida abierta, disminuyendo el escozor ardiente. Pasaron así unos veinte minutos: Kelerina entraba con la cafetera sobre una bandeja y con la leche humeante. Julia mezcló los líquidos, desmenuzó dentro de la taza un poco de pan inglés, y sirvió á la señora, que sintióse muy aliviada por ello y por el caldo. Después Julia, merced á la prepotencia que da la persuasión de que se presta un servicio necesario, la obligó á que se metiera en su cama; luego, mirando á su alrededor, y viendo que no faltaba la menor cosa con el fin de que pudiese descansar tranquilamente, dijo:—Ahora dejaos mandar un poco por vuestra hija, no os levan-

tareis antes de que haya venido á tomaros el pulso. Procurad dormir, desvanecer los pensamientos tristes; prometeos á vos misma no pensar siquiera un instante como el cruel lord Seether, que sabedor una noche de que su hija era católica, la echó antes de amanecer, siendo hermosa, pura y pía como un ángel, para que mendigara un refugio de los extraños.

Horrorizóse la Needle por tan brutal crimen (Julia lo mencionaba de proposito), y repuso:—No necesito prometer: tengo corazón. Me irrito, me consumo y me atormento yo misma. ¿Y después? Después sufro y callo. ¡Pobres madres!

—Pues bien, para sufrir con más quietud necesitase una oración. Os la sugeriré yo, de forma que no lastime ni poco ni mucho vuestra conciencia. Y juntando con amoroso atrevimiento sus dos palmas, fué pronunciado estas palabras: “Omnipotente Señor y Padre amante de vuestros hijos, vos veis mi aflicción. Mi amado hijo, mi primogénito, se aparta de las creencias que le inspiré, á fin de hacerle vuestro esclavo fiel, y encaminarle por la vía de la eterna salvación: Vos descubriste la rectitud de mis intenciones. El ó yo dejamos ahora el buen sendero, que es solo uno. Tened pie-

dad piedad, Señor, del que yerra; iluminadle, si yerra él; iluminadme, si yerro yo, y dadnos vuestra paz á los dos. Lo suplico por los méritos de nuestro único Mediador y Salvador Jesucristo, y por la intercesion de la bendita Virgen María. Amen."

Mistress Needle dejó que Julia obrase y dijese á su gusto; repitió las palabras, obedeciendo como una criatura de tres años obedece á su madre. Por la fatiga de la gran lucha faltábanle fuerzas para resistir, las razones habíanla convencido, las caricias de su amiga angélica habíanla desarmado y persuadido; la plegaria, repetida de corazón, la infundió un principio de reposo.

Más tarde volvió Julia. Había la señora dormitado y dormido. El primer ímpetu de la violenta tempestad había pasado, subsistiendo sólo una especie de calma honda y muda: era una profunda pero sosegada melancolía.

LI.

FORTUNA Y VIRTUD.

John volvió á la villa Giacinti á la tarde del día siguiente. Habló poco de los dientes y del dentista. Dijo que sir Roberto había mejorado, y que los médicos dábanle algunas semanas más de vida. La Needle recibió á su hijo sin fiestas ni rigidez. Algo desagradable y frío leíase aún en toda su actitud. El joven lo atribuyó á un resto de disgusto por lo de la procesión,